

I

El día había amanecido gris y frío, muy frío, casi gélido, aunque aún estábamos en octubre, y ese color del cielo pronunciaba más el ambiente. Sin embargo, la estancia donde se encontraba era cálida, el tono de las paredes en crema y el mobiliario de madera oscura la entonaban aún más.

Había mucha gente y todos hablaban: unos en tono muy bajito, como susurrando, otros más claramente, e incluso los había que gritaban, incluso reían...

Sus grandes ojos marrones y vidriosos por las lágrimas derramadas miraban a todas aquellas personas que se suponía que estaban allí para acompañarles en su dolor. Entonces, ¿de qué se reían? ¿Qué podía ser tan divertido y que ella no se hubiese percatado? Recorrió la estancia con su mirada y no atisbó nada que pudiera propiciar dichas sonrisas y carcajadas.

Volvió sus ojitos al punto de partida, hacia el cristal, ese duro y frío cristal que hacía de escudo entre ella y su mamá. Qué hermosa había sido. Ahora algo había cambiado en ella. Sí, era ella, su mamá, pero no era la misma... Comprendió que era su alma la que la hacía tan hermosa, tan especial, tan humana. Ahora solo quedaban las vestiduras de su piel, fría y pálida, sobre su cuerpo inerte, que iba adquiriendo un tono... tenue, mortecino.

No podía apartarse de aquel cristal y lo que encerraba tras de sí; sería la última vez que vería a su mamá y quería todos los minutos y segundos que le quedaran para estar cerca de ella.

No entendía por qué estaba allí tumbada con una tela de raso que cubría todo su cuerpo a excepción del rostro; aun así, se adivinaban los contornos de su cuerpo y se podía entrever que habían colocado sus finas manos, entrelazadas, sobre su pecho. La oscura cascada de su cabello se la habían peinado y colocado hacia un lado, pero un mechón, rebelde, se había soltado del otro lado. La habían dado un poco de rubor en las mejillas y algo de brillo en los labios... ¡ay, sus labios!, tan suaves, tan dulces, tan maternos, no volverían a besarla, ni tan siquiera a rozarla, como hacía siempre que la cogía entre sus brazos mientras le acariciaba la mejilla y le rozaba la frente con ellos.

Disipaban cualquier miedo, cualquier malestar con tan sencillo gesto, y ahora, «¿quién lo haría?», pensó, y una duda, un temor, le vino a la cabecita: «¿Y si mamá es ahora la que tiene miedo o no se encuentra bien? ¿Quién la está cuidando a ella? ¿Quién la está consolando?». Rompió a llorar ante tan desoladores sentimientos. Todas las lágrimas que había ido acumulando y guardando en aquellos diez añitos de vida escaparon de sus ojos y corrieron libres por su rostro, ya enrojecido por tantas emociones y contención.

Qué sola se había quedado. «Qué sola me has dejado, mamá», gritó en su interior. «Quiero estar junto a ti, vuelve y llévame contigo, mami. Por favor, mami, no me dejes aquí solita», imploró.

Apoyó sus manitas sobre el cristal, y sus lágrimas, como presos que encuentran su libertad, se fueron deslizando por él hacia abajo.

Un grito, desgarrador, también escapó de su garganta y todos los allí presentes se volvieron hacia ella. Aunque no podían apartar la mirada de la pequeña, nadie se le acercó.

Solo su padre corrió hacia ella, la cogió en volandas entre sus brazos y se la llevó.

—No, no, no me lloves, papá —gritaba entre gemidos—. Papi, déjame con mamá, papá —gemía entrecortadamente por las lágrimas y el inconsolable llanto.

Su padre, vestido íntegramente de negro a excepción de un fino jersey de pico gris, con el rostro casi tan pálido como el de su difunta mujer, con el semblante tan serio que de no ser porque se movía, bien podría tratarse de una estatua, y con las lágrimas empañándole la mirada, corrió con su hija en brazos hasta que alcanzaron el exterior.

Ya fuera, en la calle, se sentó en el suelo con la niña abrazada a su cuello, rodeó todo su cuerpecito con sus brazos y, juntos, lloraron.

Era tan dolorosa, tan triste, tan... lúgubre y funesta la escena, que no había cabida para nada ni nadie más. Aquella gente, amigos, familiares y conocidos, miraban desde la distancia pero no se acercaron. El momento requería silencio e intimidad y todos, sin pronunciar palabra, así lo entendieron y aceptaron.

No se sabe cuánto tiempo pasó, quizás toda una vida, entrelazados padre e hija en un inconmensurable e inconsolable dolor.

—Quiero irme con mamá, papi —susurró como en un quejido.

—No, cariño... no puedes ir... con mamá —contestó entrecortadamente—. ¿Y qué iba a hacer yo sin ti también? —le preguntó cogiéndole la carita entre sus manos y mirándola aquellos ojitos hinchados.

—No, papi, no quiero estar sin ti tampoco —lloró—. Vámonos los dos con mami —lloró—. No quiero estar sin ella...

—lloró—. No quiero que esté solita sin nosotros —gimió... y lloró.

—No podemos..., hija mía, mamá... mami... se ha ido a un sitio mejor. Allí... solo... hay felicidad y alegría —también lloró.

—No, papi, no puede estar feliz porque no estamos nosotros con ella —gritó, rebatiendo todo aquel discurso que tanto le estaba costando a su padre entretejer y defender para intentar consolarla.

—Sí... mi niña, mamá... está bien... pero si nos ve así se... pondrá muy triste —se le acababan los argumentos y las fuerzas también.

—No me lo creo —gritó—, y me da igual porque nosotros no estamos bien sin ella. Quiero que nos vayamos con ella, por favor, papá.

Se desmoronó y abrazó de nuevo con fuerza a su hija. Aquellas frases que todos hemos escuchado alguna vez, que todos hemos pronunciado en algún momento, realmente eran indefendibles, ridículas, se atrevió a pensar. ¿Cómo podía hacer creer a su hija algo en lo que él ni tan siquiera creía? Ridículo. ¿Cómo podía consolar a su hija y darle esperanzas, si tampoco las había? Estúpido. Por fin, un brazo amigo se extendió hacia ellos, y una voz suave y calmada lo acompañó.

—Ya, mi amor, no llores más —y arrebató a la niña de entre los brazos de su padre.

Su tía Patricia la acogió en su regazo mientras contemplaba cómo su tío Miguel alcanzaba a su padre y, en un interminable abrazo, lo levantaba del suelo y le sujetaba con fuerza por miedo a que se cayera.

El tío Miguel condujo a su padre hacia la cafetería, con la intención de que tomara algo caliente, llorara con él y se despojara algo de tanto dolor.

Su tía Patti, como ella la llamaba, la introdujo en su coche, arrancó y ambas se alejaron del tanatorio. A los pocos minutos pararon el vehículo frente a un verde parque y abandonaron el coche.

Su tía le señaló los columpios, ella negó con la cabeza; le indicó dónde se encontraba el tobogán, ella bajó la mirada. La cogió de la manita y la acercó hasta la casita de madera, ella subió despacio, como pensando de qué manera subir, uno a uno, cada uno de aquellos peldaños de madera, y una vez arriba, se sentó en su interior sin decir nada.

Patricia, silenciosa y tranquila, jugó a mover la arena del parque con uno de sus pies, recorrió con la mirada todo aquello que las rodeaba y esperó con prudencia. Pasados unos minutos, se deslizó dentro de la caseta y se sentó cerca de su sobrina, lo suficiente para que la niña sintiera que no estaba sola pero no tanto como para que no pudiera respirar.

Porque el dolor, cuando es tan infinito, tan terrible y tan denso, no te deja respirar, te oprime y duele. Y Patricia sabía que su sobrina, acababa de conocer lo que era el DOLOR y que aquel cuerpecito estaba sufriendo como nunca había imaginado, y le dolía, mucho.

Telma no hablaba, no se movía y sus ojos no miraban. Le dolían los ojos de llorar, le dolían los brazos al saber que no volvería a abrazar a su mamá, le dolían los labios por los futuros besos que ya no podría dar, y las manos que entre las suyas gustaba colocar. Le dolían las piernas, que no correrían hacia ella nunca más, y le dolía el pecho, que guardaba celosamente su corazón, un corazón que ya jamás podría entregarle su amor.

Telma supo que había algo más que la dolía, más que nada... lo que le dolía era vivir.

A Telma le dolía estar viva.